



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca
Chile

Cid Rodríguez, Gabriel

Memorias, mitos y ritos de guerra: el imaginario de la Batalla de Yungay durante la Guerra del Pacífico

Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 2, núm. 26, 2011, pp. 101-120

Universidad de Talca

Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027770006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Memorias, mitos y ritos de guerra: el imaginario de la Batalla de Yungay durante la Guerra del Pacífico

Gabriel Cid Rodríguez (*)

RESUMEN

El propósito de este artículo es analizar la recuperación ritual, discursiva y simbólica de la Batalla de Yungay (20 de enero de 1839) en el contexto de la Guerra del Pacífico (1879-1883). El texto estudia la actualización del imaginario del triunfo de Yungay realizada por el discurso nacionalista chileno en la guerra de 1879, utilizándolo como un hito histórico central en la construcción de una retórica triunfalista frente a Perú y Bolivia. También se examina cómo el nacionalismo bélico chileno recuperó momentáneamente la festividad del 20 de enero, caída en el olvido en la década de 1860, como una instancia clave para la difusión de este ideario patriótico.

Palabras clave:

Guerra del Pacífico - Batalla de Yungay - conmemoraciones - nacionalismo chileno - memoria colectiva.

(*) Profesor de la Universidad Diego Portales y Coordinador Académico del Programa de Historia de las Ideas Políticas en Chile.

Artículo recibido el 6 de julio de 2011. Aceptado por el Comité Editorial el 15 de septiembre de 2011.

Correo electrónico: gabriel.cid@udp.cl

ABSTRACT

The purpose of this article is to analyze the ritual, discursive and symbolic recovery of the Yungay Battle of January 20, 1839, in the context of the War of the Pacific (1879-1883). The text focuses on the process of contemporization of the imaginary of the Yungay victory by the Chilean nationalistic discourse of the 1879 war, using it as a central historical landmark in the building of the triumphalistic rhetoric facing Peru and Bolivia. It also examines the way how Chilean nationalism recuperated the 20th of January holiday, longtime forgotten since the 1860's, as a key moment for the publicity of a patriotic set of ideas.

Keywords:

War of the Pacific - Yungay Battle - commemorations - Chilean nationalism - collective memory.

I. Introducción

En 1882 el intelectual francés Ernest Renán, en su famosa conferencia titulada significativamente “¿Qué es una nación?”, reflexionaba sobre la función social del pasado al señalar que uno de los fundamentos de las naciones era que sus miembros no solamente tuvieran muchas cosas en común, sino que también hubieran olvidado muchas otras, poniendo así el acento en la funcionalidad de las representaciones del pasado que posibilitaban la existencia de un sentido de comunidad¹. Renán acertaba en un punto central de la era del nacionalismo: no hay naciones sin memoria.

Precisamente sobre los aspectos funcionales de la memoria colectiva de las naciones, especialmente en tiempos de guerra, nos proponemos reflexionar en este artículo. El problema específico que nos interesa estudiar es la recuperación de la memoria colectiva chilena de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) en el contexto de otra guerra internacional, la más importante que enfrentó el país en el siglo XIX: la Guerra del Pacífico. Para materializar empíricamente este estudio, se analizarán las dos principales formas de recuperación del legado simbólico del conflicto de 1836-1839, condensados en la victoria de Yungay (20 de enero de 1839): en una primera instancia, nos centraremos en la recuperación discursiva de este legado, para posteriormente analizar la recuperación ritual de la conmemoración del 20 de enero.

II. Memoria colectiva, guerra y nacionalismo: perspectivas teóricas

Este artículo se inscribe en la línea de estudios de “guerra y sociedad”, en una propuesta que busca relacionar el impacto de las guerras en la cultura y la sociedad civil, y sus vinculaciones con la construcción de las identidades nacionales y las

¹ Ernest Renán, *¿Qué es una nación?*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983, 1ª ed. en francés, 1882, p. 16.

memorias colectivas, entre otros aspectos². Para pensar estos fenómenos hay que partir de la premisa de que las guerras no concluyen en los campos de batalla, ni en los círculos diplomáticos: estas se recrean constantemente en los imaginarios sociales surgidos durante y especialmente después de las hostilidades, lo cual es particularmente evidente con aquellas guerras que culminan victoriosamente. Las guerras forzosamente se plasman en lo que Pierre Nora llamó agudamente “lugares de memoria”, es decir, todas aquellas instancias materiales y simbólicas que se proponen fijar el recuerdo y evitar el olvido³.

La guerra como fenómeno complejo posibilita precisamente un análisis en esta dirección. Durante las guerras, las sociedades se reordenan a sí mismas, tanto internamente como por oposición al enemigo externo que hay que combatir, unificando así, momentáneamente a la nación⁴. La unificación por la redirección hacia el exterior de los conflictos internos nos permite confrontar a un “nosotros” contra un “otro” en dimensiones que sobrepasan el campo de batalla. En la esfera de la sociedad civil que enfrenta una guerra, juegan un papel fundamental en la construcción del “otro” una serie de elementos discursivos y simbólicos movilizables dentro del contexto bélico, que permiten por oposición catalizar un sentimiento de comunidad y cohesión dentro de la sociedad generadora de esos discursos, en lo que constituye quizás uno de los legados más importantes de las guerras en la creación de las identidades nacionales.

En toda guerra se produce una idealización funcional de las propias razones y motivaciones, a la vez que se atribuyen al “otro” a quien se combate todos los defectos posibles. Es lo que Stephen Van Evera ha denominado como el “mito de la maldad del otro”, aquellos discursos forjados en el contexto bélico donde se incorporan declaraciones sobre la inferioridad y maldad del enemigo a quien se combate para legitimar la propia causa⁵. Anthony D. Smith se explaya más sobre este asunto, argumentando que una de las consecuencias directas de las guerras en las sociedades es la “propaganda”, que se caracteriza los contextos bélicos por su “etnocentrismo”, es decir, la creencia en la superioridad de un grupo y su cultura, lo que conlleva la denigración del adversario, aumentando así la hostilidad, tanto a nivel discursivo como desde una perspectiva simbólica. Pero además, la propaganda bélica apela a un caudal de mitos inspiradores e imágenes comunes, muchas de estas tomadas de conflictos y batallas previas, que refrendan la idea de nación como comunidad de destino⁶. Así, en un contexto de conflicto internacional el proceso de selección funcional de hitos históricos socialmente significativos es crucial, en lo que algunos autores han denominado como la “reconstrucción simbólica del pasado”⁷. Esto es

² Al respecto, véase Jeremy Black, *Rethinking military history*, Routledge, Londres, 2004, pp. 49-59.

³ Pierre Nora, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, LOM/Trilce, Santiago, 2009.

⁴ John Modell y Timothy Haggerty, “The social impact of war”, *Annual Review of Sociology*, Vol. 17, 1991, p. 206.

⁵ Stephen Van Evera, “Hypotheses on nationalism and war”, en Michael Brown, Owen Coté Jr., Sean Lynn-Jones y Steven Miller (eds.), *Nationalism and ethnic conflict*, MIT Press, Cambridge, 2001, p. 49.

⁶ Anthony D. Smith, *The antiquity of nations*, Polity Press, Cambridge, 2004, pp. 154-179.

⁷ En un artículo seminal sobre la forja del nacionalismo judío, Barry Schwartz, Yael Zerubavel y Bernice M. Barnett han analizado, a partir de este concepto, la recuperación simbólica de la Batalla de Masada, la última derrota de las fuerzas judías por las tropas romanas (73 d. C.) que tras cerca de dos mil años de olvido fue recobrada ritualmente en la década de 1920 como una forma de exaltar la idea de sacrificio en aras de la nación ante los enemigos, en un ejercicio mnemónico altamente contingente para el Estado israelí recientemente inventado. Esta interesante discusión se encuentra en “The recovery of Masada. A study in collective memory”, *The Sociological Quarterly* Vol. 27, N° 2, 1986, pp. 147-164.

precisamente lo que sucedió durante la Guerra del Pacífico con el imaginario de la Batalla de Yungay, fenómeno que fue bien notado por el editorialista de *El Correo de La Serena* con motivo del 20 de enero de 1880:

Si en todo tiempo y en cualquier circunstancia es un deber del periodismo recordar las fechas gloriosas del pasado que se relacionan con nuestra historia y que conmemoran las hazañas de nuestros antepasados, ningún tiempo y ninguna circunstancia más a propósito que la presente: hoy que los valientes soldados toman como un emblema de victoria, como un estímulo para el valor y como un feliz presagio de triunfo, los triunfos y las victorias de otros tiempos⁸.

Efectivamente, en medio del nuevo conflicto ante Perú y Bolivia, había pocos recuerdos tan oportunos como la Batalla de Yungay para motivar a la sociedad chilena e inspirarle confianza en la victoria. Esto, porque la memoria colectiva es siempre selectiva y funcional a las acciones del presente. Si bien el aspecto generacional es un factor importante que incide en qué acontecimientos se recuerdan (grupos étnicos similares comparten cúmulos de recuerdos que los distinguen de otras generaciones)⁹, lo que cataliza a nivel social el proceso de rememoración son las necesidades particulares de cada contexto histórico¹⁰. Esto es particularmente cierto con la relación del imaginario de la Guerra contra la Confederación durante la Guerra del Pacífico: si a mediados de la década de 1860 la conmemoración de la Batalla de Yungay había desaparecido, tanto por el afianzamiento del liberalismo en el poder que no veía con buenos ojos la conmemoración de una guerra que había contribuido a legitimar a los conservadores en el mando del país, como en especial porque en medio de la atmósfera americanista de aquel período las ideas nacionalistas y de superioridad chilena socializadas por esta instancia celebratoria no resultaban ya contingentes¹¹, con el nuevo conflicto bélico de 1879 aquellas ideas de nacionalismo marcial surgidas tras Yungay resultaban particularmente funcionales en este nuevo contexto guerrero. Estudiar este complejo proceso de recuperación de la memoria colectiva de la Guerra contra la Confederación en medio de la Guerra del Pacífico, es lo que analizaremos a continuación.

III. Mito e inspiración: la memoria colectiva de Yungay en la Guerra del Pacífico

Aunque no es nuestro propósito analizar en detalle la Guerra del Pacífico, es necesario considerar algunos elementos contextuales que nos permitan comprender el proceso de reposicionamiento del imaginario legado por la Batalla de Yungay. Para tal efecto, es preciso examinar algunas características de la atmósfera nacionalista que invadió al país en los primeros meses del año 1879, cuando se declaró la guerra.

⁸ “Un aniversario glorioso”, *El Correo de La Serena*, La Serena, 20 de enero de 1880.

⁹ Howard Schuman y Jacqueline Scott, “Generations and collective memories”, *American Sociological Review*, Vol. 54, N° 3, 1989, pp. 359-381.

¹⁰ Barry Schwartz, “The social context of commemoration: a study in collective memory”, *Social Forces*, Vol. 61, N° 2, 1982, pp. 374-402.

¹¹ Al respecto, véase Gabriel Cid, “Nacionalizando la ‘segunda independencia’ chilena. Fiestas y discursos cívico-religiosos en torno a la Guerra contra la Confederación, 1836-1851”, *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, Vol. 7, N° 2, 2008, pp. 5-33; y especialmente, *La Guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2011.

La guerra produce en las sociedades una reorganización tanto en la vida cotidiana como en las jerarquías de valores de una sociedad. En el caso de la Guerra del Pacífico, esto fue evidente desde los inicios del conflicto. Si previamente Chile estaba sumido en una profunda crisis económica que ya dejaba sentir sus consecuencias sociales y políticas¹², con la guerra las tensiones se difuminaron en gran medida, aunque no por completo. La efervescencia patriótica animó los días de abril de 1879, cuando se declaró la guerra al Perú: grupos de oradores callejeros invadieron las esquinas y plazas, improvisando arengas patrióticas y emotivas alocuciones, lo mismo que hicieron desde los púlpitos de las iglesias los sacerdotes católicos¹³. Tenía razón Martina Barros de Orrego cuando recordó que en aquella época “la voz del patriotismo resonó en el país entero produciendo la reconciliación general, avivando el amor fraternal en todos los chilenos”¹⁴, opinión compartida por el diario *Los Tiempos*, cuando describiendo el cambio que se produjo en la sociedad chilena señaló que le daban ganas de “bendecir la guerra, ya que ella sirve para reconciliar los pueblos que nacieron bajo el mismo techo y hacerlos olvidar las disensiones que los alejan, para agruparlos en torno al glorioso pabellón de la República”¹⁵.

En medio de este ambiente de efervescencia patriótica, la memoria de la Guerra contra la Confederación cumplió un rol protagónico, tanto como mito inspirador para la nueva contienda, en especial por su contenido victorioso, como por servir discursivamente para afianzar el sentido de comunidad de destino tan propio de la retórica nacionalista. Aquellas ideas-fuerza sobre la nación socializadas por la conmemoración del 20 de enero, y que fueron criticadas en su momento por su tono nacionalista y marcial, ahora eran recogidas transversalmente por su funcionalidad en la coyuntura de 1879. De acuerdo a Lucette Valensi, el proceso de construcción de la memoria de un acontecimiento notable siempre comienza con la asignación de un nombre “reconocible y memorizable” que se fija en el imaginario, transformándose en un “santo y seña que se transmite de una generación a las siguientes y en instrumento nemotécnico para conservar un cierto saber sobre un pasado que se aleja”¹⁶. Este saber conservado por “Yungay”, aquel “santo y seña” con que se condensó el imaginario del conflicto de 1836-1839, y actualizado en la Guerra del Pacífico fue precisamente el de un Chile históricamente guerrero y victorioso frente a sus vecinos del norte. Yungay se constituía así para el discurso nacionalista de la guerra en un pasado mítico, glorioso y emotivo al cual acudir en busca de inspiración para movilizar a la población en la crisis bélica actual¹⁷.

Fue precisamente en esa tónica en que Isidoro Errázuriz, uno de los más importantes oradores chilenos de la guerra, interpeló a las tropas al momento de su embarque hacia

¹² Véase Luis Ortega, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880*, DIBAM/LOM, Santiago, 2005; y William Sater, “Chile and the world depression of the 1870s”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 11, N° 1, 1979, pp. 67-99.

¹³ Sobre el fenómeno de la retórica y el ritual en la Guerra del Pacífico, véase el lúcido y reciente trabajo de Carmen Mc Evoy (edición y estudio), *Armas de persuasión masiva: retórica y ritual en la Guerra del Pacífico*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2010.

¹⁴ Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi vida*, Editorial Orbe, Santiago, 1942, p. 158.

¹⁵ *Los Tiempos*, Santiago, 9 de abril de 1879.

¹⁶ Lucette Valensi, “Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos. Cómo perdura el recuerdo de los grandes acontecimientos”, en Josefina Cuesta (ed.), *Memoria e historia*, Marcial Pons, Madrid, 1998, p. 59.

¹⁷ Sobre estos aspectos teóricos del discurso nacionalista, véase Matthew Levinger y Paula Franklin, “Myth and mobilization: the triadic structure of nationalist rhetoric”, *Nations and Nationalism*, Vol. 7, N° 2, 2001, pp. 179-181.

el norte en febrero de 1879, arengándolas para que fuesen “dignos sucesores de los soldados que combatieron como buenos en los campos de Yungay y que escribieron gloriosos hechos en el recuerdo de Casma”¹⁸, registro similar al de Guillermo Feliú Gana, cuando en el meeting realizado el 9 de marzo en Talca llamó a los maulinos a demostrar que eran “dignos descendientes de los que humillaron sus pendones [de Bolivia] en Buin, y en Guía, en Casma y en Yungay”¹⁹.

El potencial discursivo del imaginario de la Guerra contra la Confederación daba para otras posturas, incluso para interpelar patrióticamente a los líderes del país, como aconteció en marzo, cuando un diario criticó a Aníbal Pinto por no endurecer la postura contra Bolivia y Perú y preocuparse más bien de la política interna: “¿Acaso la figura venerada de Portales, inmortalizada en el bronce frente a vuestro palacio, no os inspira los sentimientos del patriotismo y de la dignidad? ¿Háse perdido en este país la memoria de Bulnes, que escribió con la punta de su espada tal vez la página más gloriosa de nuestra historia?”²⁰ A pesar de este comentario, lo cierto es que la utilización retórica de la “página más gloriosa de nuestra historia” fue más bien en la lógica de inspirar el ánimo patriótico y belicoso de la población antes que en tono de crítica interna.

Las hostilidades contra el Perú se declararon en abril de 1879, contexto propicio para la utilización discursiva del legado de la campaña de 1838-1839. El mismo Presidente Aníbal Pinto, en uno de los tantos “meetings patrióticos” que se realizaron a lo largo del país, frente a la estatua de O’Higgins arengó a la multitud señalándole “que tenía plena confianza en que nuestro ejército sabría cumplir con su deber como lo habían hecho sus antepasados en los campos de Yungay, Matucana y Guías”²¹. En provincias estos encuentros patrióticos también se reapropriaron del mito de Yungay. En Curicó, por ejemplo, el 6 de abril se realizó uno de estos meetings en la Plaza de Armas, donde el intendente hizo un llamado enérgico a la confianza, “porque en nuestro valeroso ejército quedan algunos veteranos que no han olvidado, aún, el camino que, con el arma al brazo y el pecho lleno de entusiasmo, los condujo a la ciudad de los reyes, a Matucana y a Yungay”²².

La funcionalidad de la Guerra contra la Confederación en el contexto de este nuevo conflicto fue expresada también de forma poética. Tras la declaración de guerra de Bolivia, uno de los cantores populares de Santiago, el “ciego Acuña”, compuso un poema guerrero inspirándose en el legado victorioso de la Batalla de Yungay:

Todo Chile en general, / Militares y estudiantes
 Pues desean y cuanto antes / A ocupar el litoral,
 Y al son de marcha marcial / A atacar a los tiranos
 Imitando a los ufanos / Vencedores de Yungay;
 No son godos, no temáis, / Chilenos: son bolivianos!²³

¹⁸ *El Ferrocarril*, Santiago, 25 de febrero de 1879.

¹⁹ *La Reacción*, Talca, 18 de marzo de 1879.

²⁰ “La capital”, *La Voz de las Provincias*, Santiago, 21 de marzo de 1879.

²¹ *Las Novedades*, Santiago, 7 de abril de 1879.

²² “El gran meeting del martes”, *El Curicano*, Curicó, 14 de abril de 1879.

²³ “Himno guerrero”, *Las Novedades*, Santiago, 11 de marzo de 1879.

Lo mismo hizo Manuel Antonio Orrego en abril de 1879, pero esta vez frente a la declaración de guerra contra Perú:

Olvidando el Perú la victoria / Que sobre él Chile obtuvo en Yungay,
Hoy le ofrece en la guerra otras glorias: / ¿A la guerra a alcanzarlas no vais...?
¡A la guerra marchad denonados! / Del chileno es herencia el valor:
A la guerra, valientes soldados, / ¡¡Que morir por la patria es honor!!²⁴

Dentro de una lógica inspirativa similar, en los primeros meses del conflicto el Himno de Yungay tuvo un realce y una utilización sorprendente en este nuevo contexto. En efecto, y como notó acertadamente el periódico *Los Tiempos*, el “himno está llamado a renovar su antigua popularidad”²⁵. Esta nueva popularidad se explicaba por esfuerzos tanto individuales como colectivos, como lo evidencian el ánimo de Ruperto Santa Cruz por arreglar una versión para piano y enseñar este Himno en los colegios, propuesta que contó con el beneplácito de *El Estandarte Católico*, que señaló que “los himnos patrióticos que recuerdan las glorias militares de los pueblos deben ser el primer canto de la infancia, unidos a los himnos con que se celebra el trabajo y la escuela”²⁶. La prensa no quedó ajena a este esfuerzo por masificar la letra de la popular canción desde sus páginas, como sucedió en Coquimbo, Quillota, San Felipe y Santiago, donde *El Independiente* afirmó que reproducía su letra “para estímulo de los que hoy están encargados de seguir las huellas de valor y de victorias que nos legaron los soldados de aquellos gloriosos días”²⁷.

Si el Himno de Yungay alcanzó una nueva notoriedad con el conflicto, una obra de historiografía lograría igualmente una importante popularidad a lo largo de la guerra. A fines de 1878 Gonzalo Bulnes, el hijo de Manuel Bulnes, publicó el trabajo fundacional sobre la Guerra contra la Confederación, su **Historia de la campaña del Perú** en 1838, que ensalzaba al conflicto como una instancia decisiva que “vino a ser el complemento de la guerra de la independencia” como a afianzar para Chile “el puesto que le correspondía en el concierto americano”²⁸. Lo cierto es que no todos compartían el diagnóstico optimista de Bulnes, ya que Benjamín Vicuña Mackenna, en una reseña del libro publicada a fines de 1878 argumentó en respuesta que el único fruto de la Guerra contra la Confederación había sido colocar a Agustín Gamarra en el gobierno peruano, a costa de la pérdida de hombres, caudales públicos, fuerza de trabajo y libertades políticas para Chile, reflejando así la tradicional visión negativa de este conflicto bélico desde la perspectiva del liberalismo²⁹.

El comentario de Vicuña Mackenna, no obstante, fue realizado meses antes del conflicto: con el inicio de la contienda, por el contrario, la obra de Bulnes sería reproducida reiteradamente en diversos medios de prensa a lo largo del país, como

²⁴ “Alocución de don Manuel Antonio Orrego”, *El Independiente*, Santiago, 8 de abril de 1879.

²⁵ *Los Tiempos*, Santiago, 6 de abril de 1879.

²⁶ “Patriótico ofrecimiento”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 9 de abril de 1879.

²⁷ “Precioso documento”, *El Independiente*, 9 de abril de 1879. Las referencias relativas a las otras ciudades se encuentran en *El Comercio*, Coquimbo, 15 de abril de 1879; *El Correo de Quillota*, Quillota, 20 de abril de 1879 y *El Comercio*, San Felipe, 1 de mayo de 1879.

²⁸ Gonzalo Bulnes, **Historia de la campaña del Perú en 1838**, Imprenta de “Los Tiempos”, Santiago, 1878, p. 442.

²⁹ Benjamín Vicuña Mackenna, “El principio i el fin de la campaña de la restauración en 1838 ¿fue justa i provechosa a Chile la guerra con Santa Cruz?”, *El Ferrocarril*, Santiago, 26 de diciembre de 1878.

una forma de narrar “objetivamente” el momento más épico, inspirador y funcional de toda la campaña de 1838-1839, la Batalla de Yungay. No es de extrañar el poder evocador de patriotismo del libro de Bulnes, si se piensa que esas eran precisamente las fibras que buscaba tocar en el lector, pese a sus ideales imparciales y su rigor positivista. Según Bulnes sus anhelos y objetivos se cumplirían si su texto fuera capaz de “despertar en el corazón del pueblo, el interés por esos sucesos que constituyen la más pura de las glorias nacionales, y si consigo que una parte del país, vuelva los ojos a ese pasado, en que se pusieron de relieve las más grandes virtudes de otra época, la firmeza de propósitos, la energía de los caracteres y la pureza del patriotismo”³⁰.

Afortunadamente para las intenciones de Bulnes, lo cierto es que su obra alcanzó una finalidad patriótica porque el azar quiso que nuevamente Chile enfrentara militarmente a Perú y a Bolivia. En este nuevo contexto bélico, la narrativa algo épica de Bulnes encontró lectores ávidos que cumplieron sus anhelos. En la recensión del libro **Historia de la campaña del Perú** en 1838, el mismo Vicuña Mackenna alababa ciertas características cautivantes del relato de Bulnes que explicarían este fenómeno. Su prosa era propia de un “ánimo apasionado y juvenil”, que se traslucía en páginas narradas “con acentuación y brío”, en especial aquellas dedicadas a la Batalla de Yungay, cuando el libro alcanzaba “las proporciones de una obra de primera nota literaria como drama histórico militar”³¹. En efecto, la obra de Gonzalo Bulnes es narrada desde una perspectiva dramática y épica, cuya trama va in crescendo en tensión, donde las tropas chilenas siempre se logran sobreponer a todas las dificultades (traiciones, penurias, enfermedades, duras condiciones topográficas, inferioridad numérica), hasta desembocar en la Batalla de Yungay, el clímax narrativo del libro. Por estas cualidades, no es de extrañar todo el potencial discursivo que significó esta obra a lo largo del conflicto, siendo utilizada profusamente por la prensa de la época cada vez que se quería narrar el combate del 20 de enero de 1839 para inspirar patrióticamente a la población³².

El fenómeno de la utilización de la historia para inspirar a la población en la coyuntura crítica de 1879 fue bien notado por el periódico *El Moscardón*, que reparó explícitamente en que “los precedentes históricos de un pueblo son por lo general una valiosa garantía de la hora presente y de los sucesos en el porvenir”, por lo que era lógico que en el nuevo contexto bélico el país diera “una mirada al pasado” en busca de aquella “prenda de éxito”. Eso era lo que había hecho la nación con Yungay: “Chile ha invocado e invoca diariamente sus prestigiosas hazañas del 38 y el 39”, cuyo análisis detallado debía, lógicamente, presagiar la victoria chilena³³. La misma utilización funcional de la Guerra contra la Confederación se puede evidenciar en los inicios del conflicto de 1879 en las páginas de *El Pueblo Chileno*, periódico nacional

³⁰ Bulnes, *Historia de la campaña*, p. VIII.

³¹ Benjamín Vicuña Mackenna, “Historia de la campaña del Perú en 1838 por Gonzalo Bulnes”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 81, 1936, pp. 24-35 (El artículo fue publicado originalmente a fines de 1878).

³² Algunos ejemplos de la utilización patriótica de la obra de Gonzalo Bulnes se encuentran en *Las Novedades*, Santiago, 20 y 21 de enero de 1879; “Aniversario”, *El Atacama*, Copiapó, 20 de enero de 1880; “El 20 de enero”, *La Libertad*, Talca, 20 de enero de 1880; “Aniversario”, *El Constituyente*, Copiapó, 20 de enero de 1880; *Los Tiempos*, Santiago, 20 de enero de 1881; “La Batalla de Yungay”, *El Independiente*, Santiago, 20 de enero de 1881; “Yungay. 20 de enero de 1839”, *La Patria*, Valparaíso, 20 de enero de 1881. Incluso en 1884 se seguía utilizando el relato de Bulnes para fines patrióticos y conmemorativos, Cf. “Batalla de Yungay en 20 de enero de 1839”, *El Ferrocarril*, Santiago, 20 de enero de 1884.

³³ “Ayer y hoy”, *El Moscardón*, Valparaíso, 6 de septiembre de 1879.

de la ocupada ciudad de Antofagasta que los días anteriores a la declaración de guerra al Perú decidió publicar dos reseñas históricas de las Batallas de Buin y Yungay. Esta situación tenía poco de inocente. A través de estos relatos el periódico nortino buscaba socializar la idea de que los chilenos eran connotados guerreros, cuya “pujanza de su brazo” la conocían “prácticamente los cholos de allende el Loa”, siendo el combate del puente Buin “historia de ayer para que la hayan olvidado tan pronto” los actuales adversarios de Chile³⁴. La memoria colectiva de ambas naciones mostraba así sus diferencias: mientras los chilenos recordaban la historia de la guerra para inspirarse y tomar confianza en el triunfo seguro, los peruanos y bolivianos olvidaban prontamente sus derrotas pasadas y el valor chileno, desaprovechando así las lecciones de la experiencia, según les reprochaba el mismo diario tras relatar la Batalla de Yungay³⁵.

Como se aprecia, a lo largo del país los periódicos jugaron un papel fundamental en la socialización de una lógica discursiva inspiradora, llamando de diversos modos a la sociedad chilena a combatir con confianza en el triunfo, asegurado por el hado guerrero propio de la identidad chilena que había sido demostrado en la Guerra contra la Confederación. *Las Novedades*, por ejemplo, hizo un llamado a sacar “el acero reluciente de la mohosa vaina” y retemplar “el espíritu del chileno” con aquel “brillo mágico que hizo palidecer los rayos del sol en los campos de Yungay y Carampangue”³⁶, mientras que desde Copiapó *El Elector* sostenía que “aún están vivos los recuerdos de las glorias pasadas que el ejército chileno alcanzó, no ha muchos años, en los campos de Yungay”, por lo que tanto Perú como Bolivia conocían “por las rudas lecciones de la experiencia, el brazo fuerte y enérgico de Chile”³⁷.

El sentimiento de confianza en la victoria en la presente contienda, inspirándose en el éxito de las guerras pasadas fue una de las tónicas de los diarios de la época. El diario porteño *La Patria*, por ejemplo, analizó y comparó la situación actual de las naciones contendoras con las que presentaban en 1836-1839 y llegó a la conclusión de un triunfo seguro para Chile. La nación, por ejemplo, a lo largo de estos años había trabajado seriamente y la población había tomado conciencia de su “fuerza” y “superioridad sobre los vecinos”. Por el contrario, no se podía decir lo mismo de Perú y de Bolivia. Este último país ocupaba actualmente en “la escala de la civilización, del régimen político y del poder militar” una situación bastante más inferior de la que ocupaba bajo el mando de Santa Cruz. El panorama político en aquel país no era el de los mejores: lo cotidiano en el gobierno era “la dictadura de las parrandas oficiales”. Perú, de forma similar, presentaba un aspecto calamitoso: “cuarenta años de anarquía militar no interrumpida han relajado allí todos los resortes de la máquina administrativa”. Desde una perspectiva militar, los peruanos no representaban amenaza alguna: “El Perú ha sido un gran camorrista, pero un triste soldado”, que volvía indefectiblemente de todos sus conflictos “con la cabeza magullada y con los estandartes enlodados”. La sentencia de *La Patria* contra los peruanos era lapidaria: “No fue una nación heroica en 1838, y es seguro que tampoco lo será en 1879”. Así,

³⁴ “El ataque del puente de Buin”, *El Pueblo Chileno*, Antofagasta, 3 de abril de 1879.

³⁵ “Los chilenos en el Perú. La Batalla de Yungay”, *El Pueblo Chileno*, Antofagasta, 4 de abril de 1879.

³⁶ “La guerra”, *Las Novedades*, Santiago, 4 de abril de 1879.

³⁷ “La guerra es un hecho”, *El Elector*, Copiapó, 13 de febrero de 1879.

con esta ventajosa comparación, solo quedaba tener confianza en la victoria chilena³⁸.

La riqueza del mito de Yungay también servía para inspirar patrióticamente a la sociedad civil de otras formas, e incluso después de conseguidas las victorias claves de Chorrillos y Miraflores. En la víspera del arribo triunfal a Santiago de las tropas comandadas por el General Baquedano, el diario más importante de la capital, *El Ferrocarril*, publicó en sus páginas de forma particularmente extensa las noticias de *El Araucano* sobre el recibimiento de las tropas lideradas por Manuel Bulnes en diciembre de 1839³⁹. Al día siguiente, el 14 de marzo, fecha del ingreso de Baquedano, el editorialista Alejandro Maturana explicaba el sentido de aquellas noticias: motivar patrióticamente con el ejemplo de diciembre 1839 a la sociedad que recibiría a los héroes de la Guerra del Pacífico. “En los cuarenta y dos años transcurridos desde esa fecha, vuelven a repetirse las mismas escenas [...] La historia se repite, aunque las individualidades pasan”, agregaba Maturana, recalcando más adelante desde una retórica nacionalista bastante común durante 1879-1883 la idea de una continuidad tanto simbólica como concreta entre ambos conflictos, propiciada precisamente por las características del “linaje” de los chilenos:

“El aliento de nuestros padres nos llevó al mismo teatro de sus hazañas, y su espíritu y su fortuna nos acompañó igualmente. Los recuerdos de 38’ y 39’ han tenido una participación no insignificante en nuestras victorias y nuestros primeros homenajes debemos tributarlos a los que nos abrieron el camino y nos guiaron, en espíritu, a los campos de Chorrillos y Miraflores”⁴⁰.

IV. Los discursos claves en torno al imaginario de Yungay

Alejandro Maturana había puesto en el tapete de la opinión pública nacional dos de las ideas-fuerza en torno al imaginario provisto por Yungay: la noción de la historia como sino, pero también la idea de la nación como un vínculo de parentesco imaginado y amplio, el “linaje”, que posibilitaba la comunión mítica entre vivos y muertos. Quien recalcó con particular intensidad estas nociones fue el sacerdote Rodolfo Vergara Antúnez, al señalarles amenazantemente a los peruanos que iban

“a la guerra contra una nación que tiene conciencia de su derecho y la inquebrantable resolución de vengar su honra; contra una nación a quien le son bien conocidos los caminos de la victoria y que no ha sentido jamás latir su pecho de bronce con las palpitaciones del miedo ¡No debiera olvidar el Perú que los chilenos de hoy son de la misma raza que los chilenos de 1838!”⁴¹.

En un registro discursivo similar, Augusto Ramírez preguntó en tono intimidante si Perú había pensado que “después de cuarenta años” tendría “que habérselas con los mismos que en 1839 le hicieran morder el polvo”, a lo que añadía con tono de advertencia:

³⁸ “1838-1879”, *La Patria*, Valparaíso, 23 de abril de 1879.

³⁹ *El Ferrocarril*, Santiago, 13 de marzo de 1881.

⁴⁰ *El Ferrocarril*, Santiago, 14 de marzo de 1881.

⁴¹ Rodolfo Vergara, “La guerra con el Perú”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 8 de abril de 1879.

“Mil ochocientos treinta y nueve fue una saludable advertencia al Perú: mil ochocientos ochenta será el resultado natural de aquella advertencia; y si el ejército peruano vuelve a ser víctima -como es indudable- de un espantoso desastre, culpa será de él mismo que no supo aprovechar de las lecciones elocuentes que le diera la experiencia”⁴².

Tanto Rodolfo Vergara como Augusto Ramírez transmitían de esta forma ideas clave del legado de Yungay: la historia como advertencia a las naciones derrotadas, pero también la noción de historia como continuidad mítica, como sino de una comunidad de destino, idea tan cara a la retórica nacionalista. En efecto, y a pesar de todas las diferencias entre la Guerra contra la Confederación y la Guerra del Pacífico, el discurso nacionalista se esforzó por difuminar las coyunturas históricas particulares de cada conflicto y presentarlas bajo una lógica de continuidad inherente a los rasgos propios de cada una de las naciones en conflicto. Con frecuencia a lo largo del conflicto de 1879-1883, se volvió a la idea que era otra versión del mismo conflicto histórico, y como las naciones tenían su propio destino, inevitablemente los chilenos debían vencer en la actualidad, pues ya habían vencido a la “misma” Confederación anteriormente. Eso sostuvo en 1880 un periódico capitalino cuando señaló que “la misma confederación peruano-boliviana que Chile fue a hollar en 1838, es la que hoy tiene Chile también bajo su planta vencedora”⁴³, al tiempo que *El Estandarte Católico* nuevamente criticaba a los peruanos por no querer “acordarse de que la sangre que corría en los héroes de Yungay es la que anima también a los de Angamos, Pisagua y Dolores”⁴⁴.

Esta idea de continuidad histórica fue esencializada en la noción clave de “linaje”, lo que permitía establecer una filiación emocional directa con aquellos que combatieron en Yungay. Horacio Lara, por ejemplo, proclamó que los chilenos, de forma similar a los “espartanos”, eran “una de aquellas razas excepcionales que han marcado su paso por la tierra, que han dado a la historia sus más brillantes páginas con que se honra la humanidad”⁴⁵. De esta forma, la nación pasó durante la guerra a ser pensada como una “identidad categórica”, por utilizar el concepto de Craig Calhoun, a partir de la cual fueron difuminadas todas las diferencias internas y aún temporales de la sociedad, a través de la homologación entre la nación y la familia, como si la primera fuera solamente la extensión mecánica de la segunda por medio de la retórica del “parentesco”⁴⁶. Los chilenos, desde esta perspectiva que sería hegemónica durante la guerra, poseían un “linaje” caracterizado por sus rasgos guerreros que se transmitían de generación en generación, por lo que era posible evocar el valor de quienes lucharon en Yungay como un rasgo también presente en la generación actual. Sin mediar este presupuesto básico de la retórica nacionalista, no se podrían comprender expresiones como la formulada por *La Esmeralda* de Coronel, que tras narrar la batalla del 20 de enero de 1839 manifestó su orgullo de “ser chilenos, de ser hermanos, de los que lucharon y vencieron por su patria en esos gloriosos tiempos”⁴⁷.

⁴² Augusto Ramírez, “¡Qué fecha!”, *Los Tiempos*, Santiago, 20 de enero de 1880.

⁴³ “Ecos de Santiago”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 22 de enero de 1880.

⁴⁴ “Glorioso día”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 20 de enero de 1880.

⁴⁵ Horacio Lara, “Los chilenos”, *La Revista del Sur*, Concepción, 26 de enero de 1881.

⁴⁶ Craig Calhoun, *Nacionalismo*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2007, pp. 67-76.

⁴⁷ “20 de enero”, *La Esmeralda*, Coronel, 19 de enero de 1881.

Lo cierto es que desde esta perspectiva, y como espero haberlo mostrado a lo largo de estas páginas, las particularidades y múltiples diferencias entre la Guerra contra la Confederación y la Guerra del Pacífico fueron soslayadas por la retórica nacionalista por medio de una selección funcional, fragmentaria y contingente de la memoria colectiva de los conflictos anteriores, lo que posibilitaba establecer “coincidencias” que estaban lejos de existir en la práctica, salvo que se realizara una lectura patrióticamente sesgada y con una finalidad expresamente inspiradora, como la que presentó el periódico *Los Tiempos* con motivo del aniversario de la Batalla de Yungay en 1881:

Recorriendo uno las páginas en que aquella gran batalla, con todas sus peripecias, se nos refiere, no puede menos que detenerse sorprendido en presencia de las mil y una coincidencias como se ofrecen a las miradas del observador atento. Entre la guerra de 1839 y la que actualmente sostenemos hay puntos de contacto que verdaderamente admiran. Hoy, como cuarenta años ha, Chile ha ido a la guerra para castigar ajenas felonías; hoy como ayer estábamos desprevenidos para el supremo lance; hemos improvisado ejércitos; hemos adquirido armas por millares; hemos peleado en todas partes uno contra cuatro o más, y hemos también ganado nobilísimas victorias en tierra y en mar, sin experimentar un solo revés⁴⁸.

En este punto, apreciamos como estamos frente a un caso de “distorsión del recuerdo colectivo”, donde la historia es reinterpretada a la luz de la contingencia, emergiendo con claridad la “manipulación de asociaciones entre acontecimientos”, fenómeno que difumina las causalidades múltiples y desarrollos complejos e inesperados de cada fenómeno histórico para insistir en la búsqueda de conexiones forzosas o de plano inexistentes, descontextualizando los hechos del pasado en función de las necesidades del presente⁴⁹. En efecto, nadie se acordó que en la guerra de 1836-1839 las fuerzas que efectivamente combatieron fueron tropas conjuntas de chilenos y peruanos contra fuerzas aliadas peruanas y bolivianas. Del aporte de las tropas peruanas, tanto de aquellas embarcadas en Valparaíso como las lideradas por Gamarra que ayudaron a la victoria de Yungay no se oyó alusión alguna en la propaganda nacionalista de 1879-1883; ni tampoco nadie reparó en que uno de los sectores que más pugnó en la opinión pública chilena por la guerra contra Santa Cruz fueron precisamente los peruanos exiliados, y que las causas eran sumamente disímiles en ambas contiendas (más bien políticas y geoestratégicas en 1836, marcadamente económicas en 1879), lo mismo que su desarrollo propiamente militar y naval. Estamos, por tanto, frente a una mistificación deliberada del pasado, aunque esto no afecte en nada su operatividad en medio del contexto bélico. Al contrario, precisamente en esa maleabilidad radicó precisamente el potencial “mitogénico” de Yungay en la contienda de 1879.

Las conexiones forzadas entre ambos conflictos también sirvieron para orientar la opinión sobre la postura que debía adoptar Chile tras haber vencido a Perú y a Bolivia. Otra de las ideas clave del discurso nacionalista en torno a Yungay durante la

⁴⁸ *Los Tiempos*, Santiago, 20 de enero de 1881.

⁴⁹ Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst, “Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional”, en Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, p. 70.

Guerra del Pacífico fue la noción de que Chile estaba cosechando los resultados de una postura demasiado débil contra los países vencidos en 1839. “Nuestra generosidad de entonces es el origen de la guerra de hoy”, proclamó *La Patria*, añadiendo que el país del norte había “abrigado en su seno la sierpe del despecho, que al fin soltó en contra nuestra para herir y morder”⁵⁰. Esta idea, muy difundida en este contexto, se articulaba desde la visión del Perú como una nación históricamente “desleal” y “envidiosa” que no había apreciado el hecho de que Chile los libertara de España y los haya derrotado en 1839, por lo que “los celos, desconfianzas y odios” hacia la prosperidad chilena, junto con “la memoria del amor propio herido y humillado en Guías, Buin, Matucana y Yungay” siempre serían los ejes de las relaciones entre ambos países⁵¹. *El Constituyente*, refiriéndose a esta idea, argumentó que había pueblos como el peruano que se caracterizaban por una historia en “cuyas negras páginas se leen estas palabras: ¡INFAMIA! ¡INGRATITUD!”, por lo que el diario copiapino hacía un enérgico llamado para “castigar a ese pueblo envilecido” aún con más severidad que en Yungay⁵².

El Nuevo Ferrocarril se explayó más sobre esta idea-fuerza con especial acritud en su lenguaje. Desde sus páginas se hacía un llamado enérgico tras Chorrillos y Miraflores a no repetir los “errores” de 1839, donde se había sido extremadamente indulgente con las naciones derrotadas. Por su claridad sobre lo que hemos expresado anteriormente y por lo explícito de su lenguaje, las palabras de este periódico merecen citarse latamente:

Yungay dejó en suelo peruano el polvo de muchos recuerdos que, a vuelta de 42 años, se han condensado para caer sobre Lima y Chorrillos. Porque la historia de hoy es tan solo un eco de la historia de ayer, como la lucha de mañana será el resultado lógico de la lucha de hoy, si la misericordia exagerada deja al cadáver siquiera un soplo de vida.

Yungay fue una gran gloria chilena; pero también una gran lección para Chile; porque ha probado que hay criminales que no merecen la compasión del hombre honrado. Ojalá los guerreros de Chorrillos y Lima sepan aprovechar las lecciones de la historia.

[...] Que la lección aproveche; que se vierta todo el océano del castigo chileno sobre los destrozos de la traición peruana. No sea que nuestros hijos nos reprochen haber dejado un soplo de vida a la serpiente, para que pudiera en tiempo no lejano conturbar el aire con el silbido de nueva aunque impotente amenaza⁵³.

Como se puede apreciar, desde distintas lógicas discursivas, la memoria colectiva de la guerra de 1836-1839 pasó a jugar un papel importante en la retórica patriótica del conflicto de 1879. Con todo, lo más interesante de toda esta reapropiación mítica de Yungay por parte de la sociedad chilena que enfrentó la Guerra del Pacífico fue que no solamente se dio a través del discurso, sino que también desde una perspectiva ritual.

⁵⁰ “El 20 de enero”, *La Patria*, Valparaíso, 20 de enero de 1880.

⁵¹ Agustín Montiel Rodríguez, “Yungay. 20 de enero de 1839”, *La Patria*, Valparaíso, 20 de enero de 1881.

⁵² “20 de enero de 1880”, *El Constituyente*, Copiapó, 21 de enero de 1880 (Mayúsculas en el original).

⁵³ “Ecos de Santiago”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 20 de enero de 1881.

V. “Yungay es la gran festividad de la actualidad”. El retorno de la conmemoración del 20 de enero

El 20 de enero de 1879 no se realizaron actos conmemorativos de la Batalla de Yungay como había sido la tónica desde mediados de la década de 1860. Además, Bolivia había declarado la guerra a Chile en marzo de 1879, mientras que las hostilidades con Perú se iniciaron formalmente en abril del mismo año, por lo que el aniversario de Yungay había sido previo al inicio del conflicto: la ceremonia no tenía ningún aliciente para restablecerse. Este hecho cambiaría radicalmente al año siguiente. En efecto, y de forma particularmente diferente a cómo había sucedido durante el período que va de 1840 a 1865, las festividades se realizaron en distintas ciudades a lo largo y ancho del país: así, a la recuperación discursiva del mito de Yungay, pronto se sumó la dimensión conmemorativa.

Con todo, hubo otras instancias rituales distintas a la conmemoración cuya finalidad explícita fue tender puentes simbólicos entre ambas guerras. Así, por ejemplo, el 18 de mayo de 1879 se realizó en Valparaíso una emotiva ceremonia en que el Intendente Tomás Eastman cargó en una larga procesión uno de los estandartes de las tropas que combatieron en la campaña de 1838-1839, que iba a ser entregado a los nuevos contingentes que se embarcarían al Perú. El coronel Jacinto Niño, comandante del nuevo “Batallón Valparaíso” y quien recibió la añosa reliquia, se encargó de arengar a las tropas y a la multitud congregada en la plaza, juramentando “derramar nuestra última gota de sangre antes de que esta gloriosa enseña caiga en poder del enemigo. Nuestro deber es cubrirla con nuevas glorias y no empañar las que nuestros antepasados obtuvieron a su sombra”⁵⁴.

La obsesión por no avergonzar a los “antepasados” se vivió con más fuerza en Quillota en 1880, cuando en vísperas de la conmemoración de la Batalla de Yungay se procedió también a la entrega de uno de los estandartes de la campaña de 1838-1839 a las tropas del Batallón Aconcagua. Pero esta vez, la ceremonia contó entre sus protagonistas a dos veteranos del conflicto contra Santa Cruz, los soldados José del Canto y José Esteban Gutiérrez, quienes hicieron el solemne traspaso de las insignias. Como comentó el periódico de la ciudad:

“Era el pasado mostrando la senda de la gloria del presente. Parecíanos que los espíritus de nuestros padres se levantaban, rompiendo la losa del misterio de su tumba, para presenciar aquella augusta ceremonia ¡Cómo estarían anhelantes por saber si sus descendientes serían dignos de la rica herencia que les habían legado!”⁵⁵.

Como muestran las ceremonias de Valparaíso y Quillota, el fenómeno del pasado como inspiración fue uno de las temáticas recurrentes, tanto a nivel discursivo como ritual, durante la Guerra del Pacífico. En efecto, y como ha argumentado teóricamente Anthony D. Smith, uno de los núcleos de todo discurso nacionalista es establecer continuidades simbólicas entre vivos y muertos a través de la elaboración de un pasado en común, la conformación de un “linaje” inspirador y funcional para las

⁵⁴ “Crónica”, *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 19 de mayo de 1879.

⁵⁵ “La fiesta del domingo”, *El Correo de Quillota*, Quillota, 22 de enero de 1880.

necesidades contingentes de la sociedad. Es lo que Smith denomina los *exempla virtutis*, mediante los cuales se busca transmitir aquellas “virtudes” de los “antepasados” para convencer a los vivos de seguir su ejemplo, siendo uno de los tópicos más recurrentes en los contextos bélicos el ideal de “abnegación heroica por la comunidad”, fenómeno clave en la formación de las identidades colectivas⁵⁶.

Es precisamente conmemorar a los muertos para inspirar a los vivos lo que se buscaba a través del resurgimiento de la festividad del 20 de enero durante la Guerra del Pacífico. Para esto, la celebración de la Batalla de Yungay resultaba particularmente contingente. Al respecto, son reveladoras las palabras expresadas por el influyente periódico *El Nuevo Ferrocarril*, fundado durante el conflicto por Benjamín Vicuña Mackenna, uno de los portavoces más importantes -sino el más- del patriotismo chileno en la guerra⁵⁷. Ya el 12 de enero de 1880 desde las páginas de este periódico se hacía un llamado a recuperar la costumbre de conmemorar el 20 de enero, argumentando acertadamente que la supresión de dicha festividad había sido fruto del espíritu americanista de la década de 1860, en la que “no se quería herir las susceptibilidades del Perú, entonces nuestro aliado”. Ahora, en virtud del nuevo conflicto bélico, “no tendríamos que tomar en cuenta las susceptibilidades del Perú, sino para reírnos de ella”, para lo cual era preciso retomar los festejos en torno a la Batalla de Yungay. El llamado del *Nuevo Ferrocarril* era explícito: “La fiesta debe revivir, más entusiasta y más popular que nunca”. Las razones para justificar este llamado reflejaban bien la utilización funcional del pasado histórico:

“Hagamos, pues, que este 20 de enero no pase en silencio como en los años anteriores. Yungay es la gran festividad de la actualidad. Es preciso que hoy se acuerde muy especialmente el pueblo chileno que hubo un día en que penetró victorioso a Lima, y en que nuestro gran tricolor flameó sobre sus torres, después que el soldado chileno rompió a bayonetazos la misma confederación Perú-Boliviana que hoy se atreve a provocarnos”⁵⁸.

Lo cierto es que el llamado de *El Nuevo Ferrocarril* fructificó. En efecto, el 20 de enero de 1880 se realizaron importantes solemnidades en conmemoración de la Batalla de Yungay. El cerro Santa Lucía anunciaría en la mañana el inicio de las festividades con una salva, mientras que se izaría el pabellón nacional y una banda musical tocaría el Himno de Yungay. En la plaza Pedro de Valdivia se bailarían cuecas, mientras que en la plaza de González se lanzarían fuegos artificiales, culminando las festividades con la representación de la obra satírica **El General Daza**⁵⁹. Desde la perspectiva de los festejos populares, las canchas de carrera del barrio Yungay fueron el espacio predilecto para la celebración, donde “una multitud numerosísima se entretuvo en las carreras, el palo encebado y los cantos populares. La alegría era extrema y contribuyó a aumentar el entusiasmo una banda de música que por varias veces y

⁵⁶ Anthony D. Smith, “Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos, mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 60, N° 1, 1998, p. 74.

⁵⁷ Sobre los virajes intelectuales del americanismo al nacionalismo de Benjamín Vicuña Mackenna en este período, véase José Luis Rénique, “Benjamín Vicuña Mackenna: exilio, historia y nación”, en Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven (eds.), *La República peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*, IFEA/IEP, Lima, 2007, pp. 487-529.

⁵⁸ “Ecos de Santiago”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de enero de 1880.

⁵⁹ *Los Tiempos*, Santiago, 19 de enero de 1880.

entre los frenéticos vivos del pueblo, tocó el Himno de Yungay”⁶⁰.

El llamado de *El Nuevo Ferrocarril* fue retomado en provincias. *El Correo de Quillota* se hizo eco de la idea del periódico capitalino, interpelando a que “la autoridad departamental se digne tomar alguna medida para conmemorar la fecha del 20 del presente, siquiera sea enarbolando el pabellón nacional y poniendo luminarias en toda la ciudad”, solicitando también que se quemasen fuegos artificiales⁶¹. Lo cierto es que el llamado no contó con la participación de las autoridades, pero sí del resto de la sociedad quillotana. En efecto, todos los edificios particulares enarbolaron la bandera nacional, “excepto la Gobernación”, una banda de música instalada en la plaza animó la espontánea festividad, mientras que desde los tablados del lugar varios oradores improvisados exhortaron patrióticamente a la multitud. Asimismo, una “comisión de entusiastas jóvenes” recorrió las principales calles de la ciudad “llevando en paseo triunfal el pabellón nacional”, convocando personas para unirse a la manifestación, que culminó con la elevación de dos globos. Una hoja suelta que circuló anunciando las festividades explicaba la necesidad patriótica de conmemorar el 20 de enero, pues en aquella fecha “nuestros padres supieron poner a raya a la soberbia Perú-Boliviana”, por lo que era necesario dar “libre expansión a nuestros sentimientos de patriotas y de chilenos, ya que nuevamente nos encontramos en guerra con esa estirpe retrógrada y maldita de América, a quienes nuestros hermanos de la marina y del ejército castigan hoy su estúpida soberbia”⁶². Lo interesante del caso de las ceremonias quillotanas es que fueron obra espontánea de la sociedad civil y no de las autoridades. Como comentó *El Correo de Quillota*, “esta vez no ha necesitado el entusiasmo popular de decretos para manifestarse en toda su expansión”⁶³.

No obstante, el caso quillotano parece escapar a la lógica conmemorativa a lo largo del país, donde el rol de las autoridades locales fue clave para el resurgimiento de la festividad en honor a Yungay. Esto es evidente, por ejemplo, si se considera el caso talquino. El 18 de enero de 1880 *La Libertad* anunciaba al público que la Intendencia había resuelto celebrar el 20 de enero con descargas, enarbolamiento del pabellón nacional en los edificios públicos y particulares, música e iluminación general: todo debía solemnizar aquel día, pues “deber de todos es celebrar aquella fecha que nos recuerda heroicidades y glorias pasadas, prenda segura de nuevas y más gloriosas victorias”⁶⁴. El programa de festividades se cumplió en plenitud el día 20, con bastante animación en aquel “día consagrado al recuerdo de una de las más grandiosas fechas de la República”⁶⁵.

La fiebre conmemorativa del 20 de enero llegó a otros puntos de la República simultáneamente, aunque sin mediar decretos del Gobierno: todo indica que cada ciudad conmemoró discrecionalmente la Batalla de Yungay. En Concepción las bandas militares recorrieron las principales calles tocando el Himno de Yungay⁶⁶,

⁶⁰ *Los Tiempos*, Santiago, 21 de enero de 1880.

⁶¹ “20 de enero”, *El Correo de Quillota*, Quillota, 15 de enero de 1880.

⁶² “Suplemento”, *El Correo de Quillota*, Quillota, 22 de enero de 1880.

⁶³ “El 20 de enero”, *El Correo de Quillota*, Quillota, 22 de enero de 1880.

⁶⁴ “El 20 de enero”, *La Libertad*, Talca, 18 de enero de 1880.

⁶⁵ “El día de ayer”, *La Libertad*, Talca, 21 de enero de 1880.

⁶⁶ “20 de enero de 1839”, *La Revista del Sur*, Concepción, 20 de enero de 1880.

mientras que en Chillán la ciudad se embanderó para festejar el 20 de enero, instancia que se vio potenciada porque uno de los sobrevivientes de la Esmeralda, el héroe local Arturo Wilson hacía su arribo a la ciudad⁶⁷. En el norte del país, en La Serena sumado al tradicional izamiento colectivo de banderas, los bomberos realizaron un “ejercicio general” que estuvo “bastante lucido”, mientras que al mediodía una salva de 21 cañonazos sirvió de homenaje a Yungay⁶⁸.

En Valparaíso, la conmemoración del 20 de enero fue postergada para el día 25, lo que suscitó la airada protesta del diario *La Patria*, que reclamó porque este hecho demostraba “un recuerdo frío y una memoria helada”, aunque señaló que tal vez esta situación se explicaba porque Chile se estaba “convirtiendo en un país práctico”, que prefería gastar su pólvora en la guerra antes que en salvas conmemorativas, aunque eso significara “sacrificar toda la poesía de nuestros grandes recuerdos históricos”⁶⁹. Lo cierto es que el día 25 las celebraciones fueron más bien modestas, siendo programados fuegos artificiales y música⁷⁰.

Las protestas de *La Patria* referentes a la falta de festejos del 20 de enero no fueron marginales. En efecto, en Antofagasta *El Pueblo Chileno* se lamentó de que la conmemoración de la Batalla de Yungay en 1880 se haya remitido solamente al embanderamiento de los edificios públicos y una modesta función de la banda municipal. “Verdad es que las autoridades -proseguía- de quienes nuestro pueblo está acostumbrado a esperar todo, nada habían acordado para celebrar tan fausto acontecimiento”⁷¹. En el extremo sur, *La Libertad* de Valdivia protestó por la falta de ceremonias con motivo del 20 de enero, atribuyendo esta situación a una falta de conciencia nacional en los habitantes de la ciudad: “¿Sigue por acaso todavía Valdivia considerándose segregada de la República para no considerar como suyas las glorias nacionales?” se preguntaba el diario austral⁷², mientras que otro periódico de la misma ciudad se hacía eco de esta acusación que resultaba más grave si se pensaba que en Santiago la población planeaba festejar la Batalla de Yungay “con todo el entusiasmo que inspira la actual contienda con las Repúblicas del Perú y Bolivia”⁷³. Lo interesante de los reclamos en Antofagasta y Valdivia es que provenían de ciudades que jamás habían celebrado el 20 de enero (menos la ciudad nortina, en rigor aún una ciudad boliviana), pero que la atmósfera nacionalista y bélica hacía necesaria por su contingencia, como había sucedido en otras ciudades en que tampoco la tradición de conmemorar el 20 de enero había sido efectiva, como en los casos que hemos señalado anteriormente.

Si el segundo año del conflicto fue clave en el proceso de reposicionamiento de la festividad de Yungay, en 1881 un acontecimiento azaroso vino a complejizar el carácter de la conmemoración y a darle aún más sentido patriótico a la fecha. En efecto, en enero de aquel año las tropas chilenas se encontraban en las inmediaciones

⁶⁷ “Novedades”, *El Ñuble*, Chillán, 21 de enero de 1880.

⁶⁸ “El 20 de enero”, *El Coquimbo*, La Serena, 21 de enero de 1880.

⁶⁹ “20 de enero”, *La Patria*, Valparaíso, 20 de enero de 1880.

⁷⁰ “Parque Municipal”, *La Patria*, Valparaíso, 24 de enero de 1880.

⁷¹ “Aniversario de Yungay”, *El Pueblo Chileno*, Antofagasta, 21 de enero de 1880.

⁷² “Batalla de Yungay”, *La Libertad*, Valdivia, 24 de enero de 1880.

⁷³ *La Verdad*, Valdivia, 25 de enero de 1880.

de Lima. Las noticias de las Batallas de Chorrillos y Miraflores llegaron vía telégrafo al país entre la noche del 19 y el 20 de enero, suceso que vino a darle mayor realce a la festividad al confluír el recuerdo del triunfo pasado con las noticias de las victorias presentes, hecho que venía a confirmar, desde la perspectiva nacionalista, el hado guerrero de la nación.

Las noticias referentes a Chorrillos y Miraflores se difundieron a lo largo del país entre la noche del 19 y el 20 de enero, dando nuevos incentivos para celebrar la Batalla de Yungay, aunque todo indica que el sentido de la conmemoración no pasó del aspecto discursivo, pues el centro de las festividades no era el aniversario del 20 de enero, sino la toma de Lima. En razón de las nuevas noticias, *El Mercurio* de Valparaíso proclamó que el “VEINTE DE ENERO” era “un grandioso aniversario, el más feliz, el más orgulloso, el más delirante día de la vida de la nación chilena”⁷⁴. La confluencia festiva caracterizó aquel día en el puerto principal del país, por lo cual la Intendencia declaró feriado el 20 de enero, “en celebración de los triunfos obtenidos por las armas de la república y en conmemoración de la Batalla de Yungay”⁷⁵.

En la capital, nuevamente el barrio Yungay fue protagonista de los festejos. Los vecinos de aquel barrio habían solicitado a la Intendencia el permiso correspondiente para la conmemoración del 20 de enero, el que fue otorgado, aunque “en previsión de la gran batalla, puede suceder que las fiestas se posterguen”, argumentó *El Ferrocarril*⁷⁶. Lo cierto es que las celebraciones no se postergaron producto de las positivas noticias recibidas desde el Perú, y se realizaron aquel día “con extraordinaria alegría y magnificencia”. “Había sobrado motivo para ello”, señalaba *El Estandarte Católico*, pues “la toma de Lima y la Batalla de Yungay son dos acontecimientos tan grandes que por todas las épocas serán con orgullo por los chilenos recordados”⁷⁷. En efecto, las celebraciones se habían unido simbólicamente aquel 20 de enero de 1881, reforzando la idea de un Chile guerrero y victorioso ante sus enemigos del norte, como lo señaló *El Ferrocarril*:

“Dos aniversarios han venido pues a confundirse, y los que se preparaban para celebrar hoy el de la Batalla de Yungay, pueden dar ancho vuelo a su entusiasmo, porque la inquietud ha desaparecido, y nuevas glorias, tan inmarcesibles como aquella, harán legendario el nombre del chileno, y transmitirán a todas las generaciones el recuerdo de los más brillantes hechos de armas que hayan presenciado las costas del Pacífico”⁷⁸.

A pesar de su potencial evocador y simbólico, lo cierto es que las victorias de Chorrillos y Miraflores significaron el temprano olvido de la conmemoración del 20 de enero en el país. Si bien la guerra continuó, y recién en julio de 1883 la Batalla de Huamachuco significó la derrota definitiva de las fuerzas peruanas, lo cierto es que el ingreso de las tropas chilenas a Lima había significado la victoria simbólica y un punto de quiebre irreversible para el conflicto. Por esta nueva situación de mayor certidumbre frente al resultado de la guerra, la conmemoración de la Batalla

⁷⁴ “La gran victoria del pueblo”, *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 20 de enero de 1881 (Mayúsculas en el original).

⁷⁵ *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 20 de enero de 1881.

⁷⁶ “Noticias diversas”, *El Ferrocarril*, Santiago, 19 de enero de 1881.

⁷⁷ “Aniversario de la batalla de Yungay”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 20 de enero de 1881.

⁷⁸ “¡Viva Chile!”, *El Ferrocarril*, Santiago, 20 de enero de 1881.

de Yungay perdió parte de su fuerza inspiradora para la acción actual: la contienda estaba decidida, y la funcionalidad mítica del 20 de enero dejaba de ser contingente, pues el conflicto entraba en una nueva fase de carácter marcadamente diplomático, en la que no se necesitaba precisamente seguir movilizand o a la población, sino conseguir concesiones territoriales por medio del pragmatismo político. Aún así, aunque en un tono decreciente, se constataron en la capital festejos en el barrio Yungay tanto en 1882 como en 1883⁷⁹. Es sintomático de este fenómeno que en las festividades de 1882 el periódico *Los Tiempos* haya hecho un llamado a “no olvidar la tradicional costumbre de celebrar esta fiesta memorable”⁸⁰, lo que denota que la fiesta había perdido su momentánea importancia dentro del contexto bélico. Lo mismo aconteció en Talca, donde el 20 de enero “pasó completamente desapercibido por las autoridades y el pueblo”, según consignó *La Libertad*, augurando “que igual cosa sucedió en muchos otros pueblos de la República”⁸¹, lo que fue un pronóstico bastante acertado. En efecto, hacia 1882 el mito de Yungay, retomado momentáneamente producto de la coyuntura crítica de la Guerra del Pacífico, había sido dejado de lado al resolverse en gran medida ya a inicios de 1881 el resultado final de la guerra, evidenciando al mismo tiempo el carácter sincrónico entre la recuperación discursiva de la Guerra contra la Confederación y su dimensión ritual. Tras 1883 no se pueden documentar instancias de conmemoración del 20 de enero sino hasta el bienio clave de 1888 - 1889, bajo otra faceta ritual completamente resignificada por la Guerra del Pacífico: la invención de la “fiesta del roto chileno”⁸².

VI. Conclusiones

La guerra, como fenómeno crítico que devela todas las tensiones de una sociedad, se caracteriza por el imperio de lo imprevisible y lo azaroso. No obstante, en tanto instancia límite que busca generar adhesiones y lealtades extremas hacia una colectividad, al punto de estar dispuesto a morir y matar en nombre de ella, necesita una retórica y un ritual que torne coherente la incertidumbre que la acompaña. Tal como ha argumentado recientemente Carmen Mc Evoy en un estimulante libro, la Guerra del Pacífico fue una cantera particularmente rica donde se desplegaron todos estos mecanismos de parte de la sociedad chilena para dotar de legitimidad a un conflicto dramático. Así, bajo la consigna de una guerra civilizatoria, la causa chilena se justificaba no solo ante los ojos de la opinión pública internacional, sino que permitía también legitimarla ante la propia sociedad civil nacional, permitiendo de este modo una amplia movilización a lo largo del país⁸³.

Un enfoque desde la historia cultural a la Guerra del Pacífico, como el que aquí se ha propuesto, permite reconstruir parte de aquellos mecanismos discursivos, rituales y simbólicos desplegados por la sociedad chilena para hacer de la coyuntura crítica

⁷⁹ Cf. *El Ferrocarril*, Santiago, 21 de enero de 1882; y *El Ferrocarril*, Santiago, 20 de enero de 1883.

⁸⁰ *Los Tiempos*, Santiago, 19 de enero de 1882.

⁸¹ *La Libertad*, Talca, 21 de enero de 1882.

⁸² Gabriel Cid, “Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo nacional, 1870-1888”, en Gabriel Cid y Alejandro San Francisco (eds.), *Nación y Nacionalismo en Chile. Siglo XIX*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2009, vol. 1, pp. 221-254.

⁸³ Carmen Mc Evoy, *Guerreros civilizadores: política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2011.

iniciada en 1879 no un evento aislado y con desenlace abierto, sino insertarlo dentro de una narrativa y una historia triunfalista que evidenciase, en una mirada marcadamente teleológica, la superioridad del pueblo chileno. En el caso particular analizado en este artículo, la recuperación funcional y en clave patriótica del imaginario de la Batalla de Yungay en los momentos de mayor incertidumbre del conflicto significó, precisamente, establecer simbólicamente una comunidad de destino anclada en la tradición guerrera de la nación chilena. De este modo, podemos hablar en este caso de una reconstrucción mítica del pasado chileno, donde las victorias de 1879-1883 fueron vistas como la naturalización de la histórica superioridad chilena frente a sus vecinos del norte que se había iniciado en 1839. En efecto, se ratificaría lo que sostiene Roland Barthes respecto a los mitos: con su desvinculación de la historicidad, a estos “se les confiere una claridad que no es la de la explicación, sino de la comprobación”⁸⁴. Fue precisamente lo que aconteció con la construcción mítica del imaginario de Yungay durante la Guerra del Pacífico.

⁸⁴ Roland Barthes, *Mitologías*, Siglo XXI, México D.F., 1999, pp. 141-142.